

Una cacería humana en ÁFRICA



(Novela original por S. FRAGOSO LIMA)

(Continuación)

Atados los caballos, atemorizados aún, se deslizan entonces bajo plena selva, a través de un impermeable sendero por el cual únicamente podían guiar cazadores de profesión. La criatura caminaba entre dos oficiales, y su instinto del bosque natal le llevó, casi sin ver, una rama cruzada y un zanahoria atravesado. La selva, desierta y muda hasta media hora antes, cambiaba bruscamente de aspecto con la caída de noche. En todas partes, aquí, allá, a la derecha, al trás, sonaron chillidos, sibidos, gruñidos, temblorosos, con ruidos de ramas rotas. Delante de los hombres la maleza se agitaba bruscamente y súbito resoplido indicaba la fuga de un animal cogido de sorpresa.

Pero para los cazadores habituados a emociones más fuertes, aquella agitación nocturna de la selva tenía poca importancia, y el alma de la criatura estaba demasiado empapada en estupor y angustia para temer a todo aquello.

La marcha se prolongó así media hora, bajo el túnel del bosque tropical, hasta que la mayor abundancia de maleza indicó la proximidad de un desmonte, y en efecto, minutos después los hombres desembocaban en un claro de bosque donde algunas ramas secas denunciaban una vieja plantación de mandioca.

Los cazadores se detuvieron y cambiaron algunas palabras en su lengua natal.

—¿Y el mocito? Lo podríamos atar ya.

—¡Esperemos un momento aún! Aunque los datos del negro deben de ser seguros, exploremos un poco esto.

Y encendiendo entonces un farol de acetileno, observó el suelo en diversos lugares.

A orillas de un minúsculo manantial que se abría allí, su vista se detuvo mayor tiempo.



—¡Ché! ¡Aquí hay algo! —exclamó.

—¿La persona en cuestión? —preguntó su compañero.

—¡Sí!: ven a todo evento con el gorila.

Un instante después el grupo se reintegraba. Un oficial invitó a Tuké a que se fijara bien en una huella perceptible en el terreno húmedo del manantial. Los tres hombres se arrodillaron sobre el suelo rodeando el brillante manchón de luz, y un segundo después la criatura se extremeció violentamente.

—¡Ah! Parece que conoces eso! —se rió el oficial. —¿Qué animal ha dejado ese rastro, señor protegido de negreros?

—¡León! —murmuró el negrillo.

—León, ¡perfectamente! ¡Es todo lo que queríamos saber! Ahora, manos a la obra!

Entonces los dos hombres, llegados a la meta de su deseo, arrastraron a la criatura contra un árbol seco que se mantenía en pie en medio del desmonte, y lo ataron sólidamente al tronco a dos metros de altura.

El negrillo, aunque con un terrible miedo, no hizo la menor resistencia ni desplegó los labios. Había en sus ojos, en su actitud entera, una heroica voluntad de afrontar aquello monstruoso que se preparaba con un valor extraordinario en su infantil

corazón. Sus dientes castañeteaban y su pobre carnecilla preparada para el más diabólico de los sacrificios creíbles, se rechababa en incesantes escalofríos, pero ni un gemido salió de sus labios, ni en la mirada que tenía clavada en los oficiales había el más leve resto de suplica. Antes bien, los oficiales sintieron crecer sorda irritación.

—Maldito mono! —gritó uno. —Por qué nos miras así? ¡Se diría que nos estás desafiando!

—Si, y se muere de miedo! —agregó su compañero con un dejo de sorpresa. —Tienes miedo? —se dirigió a la criatura.

De lo alto del palo, aquel pequeño Cristo respondió con un fondo extremecimiento:

—Sí...

—Y por qué miras así, entonces? ¿Quieres tener valor, no es eso? —exclamó sarcásticamente el oficial.

Tuké no respondió, pero era evidente eso a lo que aspiraba heroicamente la desvalida y lamentable criatura.

Pero entretanto la noche avanzaba, y era preciso aprestarse a la cacería. Así es que un oficial, cogiendo una larga rama, golpeó

con ella en la cabeza a Tuké.

—¡Oyeme, engendro! Cuando nosotros hayamos subido a ese árbol que ves ahí, te pondrás a gritar, ¿entiendes? No es cuestión de que grites constantemente; ¡de rato en rato basta! ¿Vas a gritar?

Esperó en vano respuesta.

—¡Gritará! —rugió su compañero exasperado. —Si